

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 79 AÑO 2011

TEMA 4: BAYREUTH. FAMILIA WAGNER. PROTECTORES

TÍTULO: **RECUERDOS SOBRE FRANZ LISZT**

AUTOR: *Therese Baronesa von Helldorff*

Fue a finales de Otoño del año 1860 cuando, acompañada de mi hermano subí la escalera del Altenburg, en aquel momento residencia de Franz Liszt en Weimar, para expresar mi admiración al Maestro, en un momento en que el destino, con una drástica decisión, le arrebató súbitamente el puesto de director de orquesta en el Teatro del Gran Duque.

Encontramos a Liszt solo, andando arriba y abajo de su gran sala de música. Con sus penetrantes ojos de águila, la cabeza cubierta por su espléndida cabellera, nos confió el mal momento en el que, súbitamente, debido a un escándalo público en el Teatro, que además recayó sobre él, al finalizar una representación del “Barbero de Bagdad” de Cornelius, le obligó a abandonar para siempre la batuta de la Orquesta del Gran Duque. (Nota del Editor: La representación del “Barbero de Bagdad” había tenido lugar en 1858.)

Los rasgos de Liszt reflejaban un profundo dolor por la irreparable pérdida, por lo que su genio aspiraba y que no había sido entendido por la mayoría. Sin embargo todavía relucían en sus ojos los rayos de un inquebrantable diablo y en su rostro, en su afilado perfil-Dante, aparecía su espíritu en el nublado cielo otoñal que reinaba en la estancia.

Fueron unos inolvidables momentos en los que se me permitió penetrar en lo más profundo de este ser superdotado, y una ola de felicidad me invadió cuando al despedirnos estreché la mano del maestro, mano que ha permanecido conmigo durante toda la vida como la de un amigo.

Pasaron años, Liszt vivía, sumergido en estudios religiosos y musicales, en el claustro de Santa Francesca Romana en Roma, leyendo, orando, trabajando, como me contaba en las cartas que me dirigía. Los portales externos abiertos a la vida, parecían haberse cerrado para él, a partir de su entrada en el estado eclesiástico había renunciado a la actividad pública.

En los siguientes años sólo regresó a Weimar para estancias pasajeras. Parecía que sus días estaban entregados a una concentración interior. Fue la representación de

“El Oro del Rin” que lo devolvió de nuevo a la vida musical alemana, que entonces se encontraba en Munich. Desde allí se dirigió a mi, que le había preguntado sobre el acontecimiento musical, en una carta en la que me dejó claro el elevado y trascendente objetivo de la vida de Liszt. La carta escrita en francés, traducida al alemán, decía:

“Sus últimas líneas, mi querida amiga, me han sido entregadas en Munich tras mi partida de Weimar, y así he encargado a uno de mis amigos de Leipzig que os mandase el texto de “El Oro del Rin” que usted quería conocer. Le animo a que lea todo el tomo que contiene completo el Poema del Anillo del Nibelungo, que consta de cuatro dramas. “El Oro del Rin”, “La Walkiria”, “El Joven Siegfried” y “La Muerte de Siegfried”. Esta es la obra más grandiosa, sublime y majestuosa que el genio alemán de nuestra época ha creado. En ella se unen poesía y música, como carne y sangre, alma y pensamiento. En el corto prólogo que encabeza este tomo verá usted que se habla de una ciudad alemana de tamaño mediano y de un Teatro de madera construido allí provisionalmente.. Esto se refiere a Weimar donde yo ya tuve el vivo deseo de ver realizada la representación de “El Anillo del Nibelungo” en los años 1859 o 60.

A pesar de lo peculiar que pueda parecer esta empresa podría haber sido posible y hasta fácil -y con no muy excesivos medios- poder realizarla. Hablé de esto seriamente con Wagner en Zurich, en el verano de 1853, y estuvimos de acuerdo sobre los proyectos y medios necesarios. En la misma época presenté repetidas veces mi propuesta a Su Alteza Real el Gran Duque:

- A. Dar la orden para conseguir que Wagner obtuviera, tan pronto como fuera posible, el permiso para regresar a Alemania. (Lo que al cabo de unos años le fue permitido.)
- B. Que provisionalmente le fuese posible conseguir un empleo en Weimar para realizar la dirección del estudio de sus obras. A este punto se unía la creación de una Escuela de Música y una Escuela de Arte Dramático, para lo cual tener a mano un personal de escogidos profesores.
- C. Que Su Alteza Real me confíe a mi todo lo necesario para la representación de Los Nibelungos, para que todo pueda llevarse a cabo con el mayor orden, calma y ahorro. Para mayor honra y contento de Su Alteza real.

Quizás fue culpa mía que estas propuestas no fuesen aceptadas; me faltó el talento para exponerlas, para escenificarlas adecuadamente. Lo que también me permito de-

cir es que nunca me quejé a nadie de ello y tengo muy claro que tenía los mejores motivos del mundo para no aceptar ideas de otros en lugar de las mías. Pero la negativa a representar en Weimar los Nibelungos provocó mi definitiva retirada del Teatro de Weimar ya que no acepté cumplir como un “galopin”, el trabajo insuficiente y estéril que los superiores, que me tenían como un estorbo, me obligaban a realizar. Para evitar explicaciones que habrían afectado desagradablemente a otros, además de a mi, durante una temporada estuve pasivo, callado, hasta que finalmente Dingelstedt me hizo el excelente servicio, con ocasión del lamentable escándalo que se organizó contra la tan inofensiva como chispeante ópera, “El Barbero de Bagdad” de Cornelius, de darme la ocasión para organizar mi huida. Perdone usted querida amiga estas minucias. Usted prácticamente no posee un declarado interés hacia pasados asuntos locales, lo sé, y sólo le escribo para demostrarle cuanto me intereso, desde hace muchos años, por los Nibelungos de Wagner.

Roma, 22 Sep. 69

Franz Liszt

El sentimiento que expresa este escrito muestra lo que este colapso del destino, esta triste vivencia, representó para Liszt. Una falta de visión de las autoridades de entonces en Weimar, mezquindad y envidia de sus superiores, mandaron a Liszt fuera del país. En 1869, cuando la bondadosa y magnánima Gran Duquesa Sofía le proporcionó una preciosa casa en el jardín de la Corte de Weimar, pudo regresar cada año para unas largas estancias.

Él realizaba allí privadas sugerencias, aleccionando a sus alumnos, haciendo que participaran de sus experiencias en el reino musical. Pero nunca más ocupó un cargo oficial. Sólo como amigo del Gran Duque Carl Alexander permaneció como comprensivo intermediario, para las a menudo difíciles situaciones, actuando siempre de manera apacible, grandiosamente altruista.

Su casa del jardín de la Corte, con vistas al parque repleto de árboles que lo llenaban de belleza le ofrecía una soledad embelesante, las palomas volaban en su entorno y las flores lo saludaban silenciosas.

Ya de madrugada, la mayoría de veces entre dos luces, se le encontraba sentado ante su escritorio corrigiendo música o en su piano improvisando. En nadie, personali-

dad e interpretación, estaban tan enormemente unidos como en él. Era como si de sus manos brotase una trama de espiritualidad y misticismo que fascinaba los sentidos del oyente. Igual que la corriente que sobre los bloques de piedra se lanza rugiente sobre la llanura, así sucedía en las horas creadoras de Liszt, a través de su ardiente ser llegaba a la diafanidad. De su interpretación podía realmente creerse que se encontraba envuelta en el centelleo de rayos diabólicos y en sonrisas angélicas. Y al terminar, cuánto encanto mostraba, en contraste con las salvajes fantasías que él desplegaba desde los suaves confines de su humanidad, ya que lo zíngaro, que muy a menudo se le reprochaba, era sólo un esporádico elemento en su existencia que sólo se mostraba exteriormente unido al pasado proceso del virtuosismo. Igualmente el lenguaje del mundo al que pertenecía era sólo su ropaje exterior, nunca se encontraba entrelazado con sus pensamientos.

“J’ai dans l’âme une fleur que nul ne peut cueillir!”

Estas palabras de Alfred de Musset califican la personalidad de Liszt de manera profunda. Sólo a los más íntimos amigos abre, en muy raros momentos de su vida, el jardín paradisiaco que florecía en su interior en una absoluta belleza.

Desde aquella primera conversación, en la cual me ofreció su confianza, nuestras relaciones han permanecido sin el menor cambio. En los siguientes años, él mismo se invitaba para ser mi huésped veraniego, en mi casa de campo. Con esto, siempre empezaba para mí un tiempo en el cual los días estaban envueltos en las más luminosas armonías. No se notaba el paso de las horas ante la presencia de este siempre rejuvenecido genio. Las mañanas estaban ocupadas en trabajos musicales, entre estos, cuartos de hora de encantadoras charlas, en las cuales la gracia de su espíritu aparecía jugando entre chispeantes luces. Hacia la tarde paseaba gustoso, cogido de mi brazo, por las laderas y los prados, hasta los campos de trigo que llenaban el valle con su esplendor. Una vez, en un tal paseo, levantó su mano como acariciando los ondeantes campos que emanaban un ligero perfume y dijo: “¡Qué bello saludo!”, añadiendo tranquilo, “¡Pero lo más excelso es la bendición!”. Entonces continuó andando hacia el sol que se ponía perdiéndose tras los abedules. Liszt era un apasionado admirador de las puestas de sol, podía contemplar inmóvil la dorada luz cuando todavía ardiente y llameante se abría paso entre las trémulas hojas de los árboles. Rodeado por los últimos fulgores del día moribundo aparecía el total encanto de su cabeza estatuaría y espiritual.

Una noche, tras una caminata en la cual sus ojos de águila buscaban siempre de nuevo el moribundo reflejo en el ilimitado horizonte, dijo unas palabras que continúan inolvidables en mi recuerdo ya que reflejaban lo más interno de Liszt. “Ante esta despedida del sol,” dijo, “mis pensamientos se dirigen cada día a las regiones de donde nos llega una brisa espiritual. No la muerte, sino el morir, asustaba en otros tiempos mi alma. Pero cada vez más, ante el avance de la edad, la propia existencia, aquí en la tierra, va perdiendo terreno, cada vez es más mística la imagen. Esta es la sagrada floresta donde Edipo se pierde y desapareciendo, al mismo tiempo se metamorfosea. Cuanto más fácil, silenciosa, sumisa, se realice esta transustanciación más poética me parece. Esta última transformación no aparece entonces como algo visible, sino que se traslada a un total misterio que a nosotros se nos muestra como el más elevado enigma de nuestra vida.” Cuando los pensamientos de Liszt se concentraban en las más delicadas materias del más allá, se sentía ante todo lo profundas que eran las sendas de su corazón, con cuanta intrepidez miraban sus ojos al destino. Realmente aparecía un soplo de la grandiosidad de alma que Byron expresó en su momento con las palabras: “I have a heart for every fate”. A pesar de todas las tormentas, que por un lado y por otro le desgarraron incesantemente, una verdadera y profunda religiosidad constituyó siempre el firme lastre del barco de su vida. Así parece que para él la muerte era sólo la culminación de su existencia, esto es lo que serenamente pensaba.. Quién lo conoció en esta vertiente humana, pudo comprenderle mucho mejor musicalmente ya que a pocos se les ha concedido poder expresar la rica plenitud de lo que su corazón de poeta soñaba. La imperecedera parte de si mismo descansa en las composiciones de Liszt; en todas se encuentra el rasgo de este poderoso esfuerzo, a menudo oscurecido por las sombras de oscuras y desgarradoras hendiduras ... pero tras ellas, en la lejanía, saluda el joven etéreo con el más tenue encanto.

Mientras manteníamos aquellos coloquios el ocaso se extendía por el campo. Un ligero viento movía los floridos árboles bajo los cuales caminábamos y algunas gotas de lluvia requerían nuestro regreso a la casa, de la cual salía acogedor un rayo de luz. Cuando estábamos subiendo los primeros escalones, súbitamente, llegó un mensajero que dirigiéndose a Liszt le entregó un telegrama. Lo abrió rápidamente. Le anunciaba la muerte de Tausig, uno de sus alumnos más queridos. El golpe que Liszt recibió fue inmediato y me pareció le cogía desprevenido. Preocupada miré al Maestro

que con la boca firmemente cerrada, silencioso, dirigía su mirada hacia la oscuridad del jardín. De pronto se volvió hacia mi y dijo con voz casi inaudible: “Esta noticia es para mi sólo una confirmación de lo que hace años temía. Hacia tiempo que la vida de Tausig estaba rota. Todas sus fuerzas morales y físicas estaban destruidas.” Entonces con un violento gesto dijo Liszt: “¡Ah! Él poseía una naturaleza buena, impetuosa, libre, un poco parecida a la mía cuando todavía estaba en pleno goce de mi juventud. Pero su cuerpo no era como el mío, era demasiado débil para soportar la violencia de una tal carrera artística, ya que cuando se trabaja apasionadamente el arte, como él hacía, como yo le había motivado, se sufre tremendamente bajo sus tormentas, querida amiga.” Liszt calló y tras una larga pausa volvió a hablar de nuevo: “Enfrentado a hechos consumados”, continuó, “yo siempre he sabido mantenerme, nunca han cambiado mis planes, nunca mis propósitos. También hoy, querida amiga, me quedo con usted porque quiero hacerlo, pero tenga la bondad de permitirme hablarle a mi manera.” Ante estas palabras cogí vehemente su mano amiga entre las mías y le acompañe silenciosa hasta la puerta de su habitación que Liszt cerró rápidamente tras de sí. Al cabo de una hora sonó súbitamente música en la habitación de Liszt y cuando entré silenciosa vi al Maestro sentado al piano tocando. Una de las más bellas Fantasías nunca compuestas salía de sus manos; la música de Schumann para el “Manfred” de Byron apareció ante mi maravillosamente conmovedora, como si Liszt, a las propias notas dolorosas, les añadiera avasallador, a través de sus manos, las imágenes del dolor más profundo, de un elevado anhelo. En la obra se entretajan las melodías del destino, de los espíritus del aire y del agua en un grandioso impulso, hasta que al final aparece nuevamente la imagen mágica del Astarte Manfred para después desaparecer para siempre. Todas estas fases del dolor humano cuán intensas se manifestaron irradiando a través de sus magistrales manos. Nunca antes, nunca después, escuché tocar así al Maestro.

Era como si una resonancia de Orfeo se hubiese introducido en las notas, igual como se dice sollozando profundamente en la “Pandora”, “la felicidad del final”.

Mi corazón escuchaba inmóvil, ningún sonido rompía el encanto. Con un breve y penetrante acorde Liszt terminó súbitamente, presuroso apagó las luces, me abrazó impetuoso y casi con violencia me empujó hacia la puerta. A la mañana siguiente tampoco pronunció una palabra sobre lo ocurrido. Hay sucesos que afectan tan profundamente el alma humana que no es posible convertirlos en palabras.

¡Esto es lo que sucedió allí!

De esta manera transcurrieron los años de los encuentros veraniegos con el Maestro envejeciendo y mi cada vez más completa comprensión de las características de su maduro corazón. De vez en cuando, ante Concursos Musicales en los cuales, al empezar, aparecía Liszt en Weimar, esto le causaba intranquilidad y siempre regresaba de nuevo al reino de los silenciosos árboles y prados que rodeaban mi lugar y allí descansaba saludablemente.

Pero poco a poco, realizados silenciosamente, empezaron los viajes del Estado Mayor de los músicos hacia Weimar y en la vida de Liszt, que durante tanto tiempo había estado rodeada de las más bellas guirnaldas, una implacable tormenta rompió las soberbias raíces. Él aceptó casi sin quejas estos perjuicios pero no dejaron de penetrar doloridas asonancias en el corazón del gran artista que hasta entonces, con su genio, había sabido desterrar victorioso lo transitorio de la vida. Muy profundamente le afectó la muerte de Marie Mouchanoff, nacida Condesa Nesselrode, cuya encantadora personalidad, ni artística ni humanamente le fue nunca reemplazable. Ella era una de estas personas cuyo atractivo era imposible definir ya que era ella misma la que formaba parte de la atmósfera en que respiraba. Su presencia ofrecía el encanto de su nobleza que ella regía con tanta seducción como gracia, reinando igual que una reina. ¡Qué audacia de espíritu, algo que parecía inalcanzable, pero que ella poseía! A menudo Liszt sonreía silencioso viendo como conversando como una risueña hada, trepaba grácil hasta la cúspide de los más altos peldaños, después con la rapidez de un elfo regresaba a la tierra sin perder la línea de elegancia, al contrario equilibrando las medidas con sus bellos ojos acariciadores. Así realmente era la más dulce prenda del círculo de Liszt. Y cuando se sentaba al piano y desplegaba la soñadora melancolía de Chopin, Liszt la escuchaba durante horas con la cabeza apoyada al extremo del piano y en caso que ella quisiera terminar se lo prohibía con un gesto de sus expresivas manos. En tales momentos de intenso deleite, volviéndose hacia sus amigos decía: "No es posible interpretar Chopin más grandioso y mejor de como ella lo hace." Todavía para su aniversario ella corrió a Budapest ... poco después una grave enfermedad que ya hacía tiempo sufría en silencio, nos la arrebató.

Pero también en Liszt empezaron a aumentar las sombras. Junto a incomodidades propias de la edad empezaron a oscurecerse sus ojos y el resultado de una consulta confirmó unas cataratas. Cuando el médico se lo comunicó permaneció callado, él

que nunca había sentido espanto ni desconcierto, en este instante los sintió pero fue sólo un fugaz momento, apareció en seguida su grandiosa presencia de ánimo y con gran serenidad empezó a hablar sobre otras cosas. Nunca más mencionó el riesgo al que se enfrentaba.

Con todo, sufrió el peso de la creciente ceguera que le robaba su independencia y que le imponía cada vez más unas forzosas cadenas a su actividad creadora. A veces cuando te encontrabas junto a él conversando, volvía la luz de su espíritu en todo su esplendor y oculto en sus ojos se encontraba el relampagueo de los ricos recuerdos del poderoso pasado que había rodeado su vida. Pero esto eran sólo destellos luminosos que pasaban fugitivos. En lo profundo de su ser ya no llegaba su luz. En su interior descansaban en total anciana madurez los sentimientos de Liszt ya largo tiempo apartados de lo terreno y de estos cansados anhelos, que siempre poderosos lanzaban sus mensajes en el atardecer de su vida, fue rápidamente liberado por una suave muerte. Una corta enfermedad que le sorprendió en Bayreuth, al que todavía estaba fuertemente unido como en tantos momentos de su vida, le liberó de los dolores terrenos.

Bayreuth, agradecido, ofreció el último cobijo a los restos del Maestro. Este tributo de agradecimiento lo tenía bien ganado ya que como ningún otro, Liszt, en una época en que el genio de Wagner se encontraba amenazado a sucumbir bajo la carga de las circunstancias, él, con la magia de sus comprensivas palabras y a través de su entusiasmo, lo animó y reconfortó. En este caso Liszt ocupó en la historia de la música uno de los más significativos, sí, un único lugar. Encontrándose ante la pequeña orquesta de la Corte de Weimar, en aquella dura época del periodo wagneriano, Liszt cogió en sus manos las obras del hombre que él había acogido con entusiasmo y les dio un gigantesco impulso, dirigiéndolas y dándolas a conocer directamente. Con firmeza y tenacidad superó las nuevas dificultades ante los músicos y cantantes, luchando contra las opiniones que representar “Tannhäuser” o “Lohengrin” sería siempre algo imposible. Durante años trabajó incansable, obligando a los intérpretes, en contra de su voluntad, a penetrar en este nuevo terreno artístico, concluyente en su meta, inalterable en su confianza en el genio de Wagner.

Finalmente allí se rompió el velo que hasta entonces había ocultado su imagen a la gente y a los artistas y la obra de arte de Wagner se salvó. Sin vanidad, Liszt pudo decirse a si mismo, que el logro de este grandioso lanzamiento sólo se consiguió a

través de sus manos de Maestro. Otros siguieron tras él, valientes y victoriosos, pero en el momento de los primeros reflejos de aquella joven era, brilla la estrella de Liszt con un nunca oscurecido destello.

(Sacado del Suplemento Científico del Leipziger Zeitung en el Nº 8 de 1909 y reproducido en el Bayreuther Festspielführer 1925)

Traducción: Rosa María Safont